

grandes poblaciones de séres vivos que habitaron el globo sucesivamente, en esas cinco épocas geológicas.

No me extenderé mas sobre este asunto. Me parece imposible creer que los tipos originarios de cada especie, hayan sido producidos espontáneamente por la materia, obrando sola y por sí misma. Es preciso, pues, que estos tipos hayan sido creados por un poder diferente de la materia y superior á ella, por una inteligencia infinita.

CAPITULO IV.

INTELIGENCIAS CREADAS.

Se encuentra una nueva prueba de la existencia de Dios, en el hecho que hemos tratado de demostrar precedentemente, de la esencia especial y distinta de las inteligencias. En efecto, si la inteligencia es independiente de la materia y constituye una esencia particular, la materia no puede haberla dado á los animales, y es preciso que les venga de otra parte. Además, si admitimos esa série de diversas inteligencias, que hemos llamado el mundo de los espíritus, y que es tan estenso como el mundo de los cuerpos animados, nos veremos obligados á colocar en la cúspide de este mundo un Espíritu superior que los ha

producido y distribuido ¡Solo Dios puede haberlos creado!

Así como la naturaleza física nos muestra una inconmensurable cantidad de organismos diversos y dotados de un grado de perfección diferente, de la misma manera podemos figurarnos ese mundo de las inteligencias, como formado de una multitud de seres, entre los cuales, sin duda hay algunos enteramente libres, y que ningún lazo une á la materia, dispuestos en un orden progresivo de perfectibilidad, poseyendo cualidades mas y mas elevadas, y acercándose cada vez mas, por consecuencia á la inteligencia suprema que reina sobre sus innumerables multitudes como reina sobre el Universo entero.

De cuánto esplendor, de cuántas felicidades deben gozar esos seres, cuando desprendidos de todo lazo material, se han elevado á ese grado tan superior de perfectibilidad en que pueden disponer á su gusto de los espacios y del tiempo, y contemplar á su voluntad las maravillas tan variadas de todos los globos celestes que constituye la infinidad del Universo! ¡Cómo deben ser sobrepujadas las débiles facultades morales de nuestra existen-

cia por la grandeza de concepción, por la extensión de saber, por la pureza y energía de sentimientos y de afectos que esas inteligencias superiores adquieren sin duda y aumentan sin cesar, en la apreciación siempre nueva, siempre inagotable, de todas las magnificencias de una creación infinita, cuya posesión tienen concedida y es tanto mas completa, cuanto que han llegado ellas mismas al mas alto grado de perfección! Qué adorable idea debemos formarnos de ese estado radiante, en que todo es espíritu, verdad, saber y amor, y en que la creación, despojada de sus misterios, descubre todos sus secretos, toda su riqueza, todas sus grandezas, todas sus sublimes infinitudes!

CAPITULO V.

DIOS, CRIADOR.

Aunque me habia propuesto, en este escrito, abstenerme de toda consideracion filosófica ó religiosa, tomada fuera del círculo de los hechos físicos reconocidos por la ciencia, no puedo sin embargo pasar en silencio la gran prueba de la existencia de Dios, que todos los filósofos y teólogos han encontrado en el consentimiento unánime de todos los pueblos en creer en esa existencia. En todos los puntos de la tierra, en efecto, entre las naciones mas civilizadas de todos los siglos, como entre las poblaciones mas aisladas y salvajes, se han establecido las creencias mas universales y mas convencidas, en la existencia de

un poder superior á la humanidad y á la materia. Este consentimiento unánime, producido espontáneamente entre los hombres, en todos tiempos y lugares, debe ser el resultado de una causa muy real. ¿Y cuál podria ser esta causa, si la naturaleza material fuese sola el origen del organismo? Seria imposible, en este caso, encontrarle ninguna razon de sér, puesto que su efecto seria mentiroso, y que es precisamente contrario á lo que deberia verificarse entonces, es decir, la ignorancia y la negacion de todo principio inmaterial; la causa de este consentimiento unánime en creer en un poder divino, no puede, encontrarse mas que en la existencia misma de ese poder.

Todo lo que precede, basta, me parece, para justificar, que iluminándonos con la antorcha de las ciencias, nos vemos obligados á proclamar la existencia de un Dios, infinito en poder, en sabiduria y en duracion, y que es el soberano autor de todo lo creado!

Jamas tratemos de investigar, cómo ni en donde está, por que esta investigacion es superior á nuestras reducidas facultades: rechacemos con enerjía todo pensamiento que pue-

da imputarle nuestras debilidades y pasiones; admirémoslo y adorémoslo en sus obras, y hagámonos dignos por nuestro afecto á todo lo que es bello, justo y bueno, del rango que nos ha concedido en el Universo, colocándonos en la cumbre de la creacion terrestre! Este es el papel que nos ha asignado en el mundo de las inteligencias, en el que tenemos nuestra distinta individualidad, como la tenemos en el mundo material. Y cuando llegue la hora en que los dos principios que están unidos en nosotros durante la vida, de una manera tan íntima, aunque cada uno pertenezca separadamente á uno de esos dos mundos diferentes, lleguen á aislarse uno de otro, abandonemos sin temor nuestro cuerpo á la tierra, y nuestra alma, libre é independiente, al porvenir que la espera, bajo la voluntad de Dios, en la infinidad del tiempo, del espacio y del universo.

LIBRO TERCERO.

CRIATURAS.

CAPITULO I.

LAS PLANTAS Y LOS ANIMALES.

Ya hemos dicho, pero es necesario repetirlo, que en el seno de la extension y de la eternidad, estas dos inmensidades absolutas, que no tienen ni principio ni fin, el poder divino ha dispersado una multitud de mundos, cuyo número es, sin duda tan infinito como el espacio y el tiempo, que pueblan los abismos.

Entre estos innumerables mundos, uno de los menos considerables es la tierra que ha-